

Como cada mañana, Samuel sube la tapa del váter, se baja los pantalones del pijama y hace un pis muy largo. Después se mira detenidamente en el espejo y se inspecciona el nuevo grano que le ha salido mientras dormía. Con las yemas de sus dos dedos índices lo aprieta con fuerza. El pus sale disparado y se incrusta en el espejo.

Segundos antes de que pueda darse la vuelta y salir del baño, nota un ligero golpecito en la frente. Se la toca. Está húmeda. "Será sudor" piensa.

Segundos antes de que pueda refrescarse la cara y abra el grifo, nota otro golpecito, como un escupitajo, en su mejilla derecha. Se la toca. Está húmeda. Se mira las yemas de los dedos y nota una mucosidad blanca. "Ecs" murmura.

Segundos antes de que pueda coger la toalla para secarse, nota otro escupitajo en la punta de la nariz, otro se le mete en el ojo, otro le va directo al pelo. El espejo ha empezado su pequeña revolución. Misiles de pus salen disparados desde el interior del cristal hacia el adolescente acneico.

Samuel grita y se esconde en la bañera en posición fetal. El espejo sigue bombardeando el baño.

Pasados treinta minutos, parece que las bombas han cesado.

Samuel se levanta con cautela de la bañera. Observa desde detrás de la cortina. Parece que el campo de batalla está despejado. Sale rápidamente y va corriendo hacia su habitación. Suena un portazo tras él.

Se apoya en la puerta y se desliza hasta sentarse en el suelo. Segundos antes de que empiece a llorar desconsoladamente, se da cuenta de algo: tiene otro espejo en su habitación. Respira tranquilo.